

ANDALUCÍA

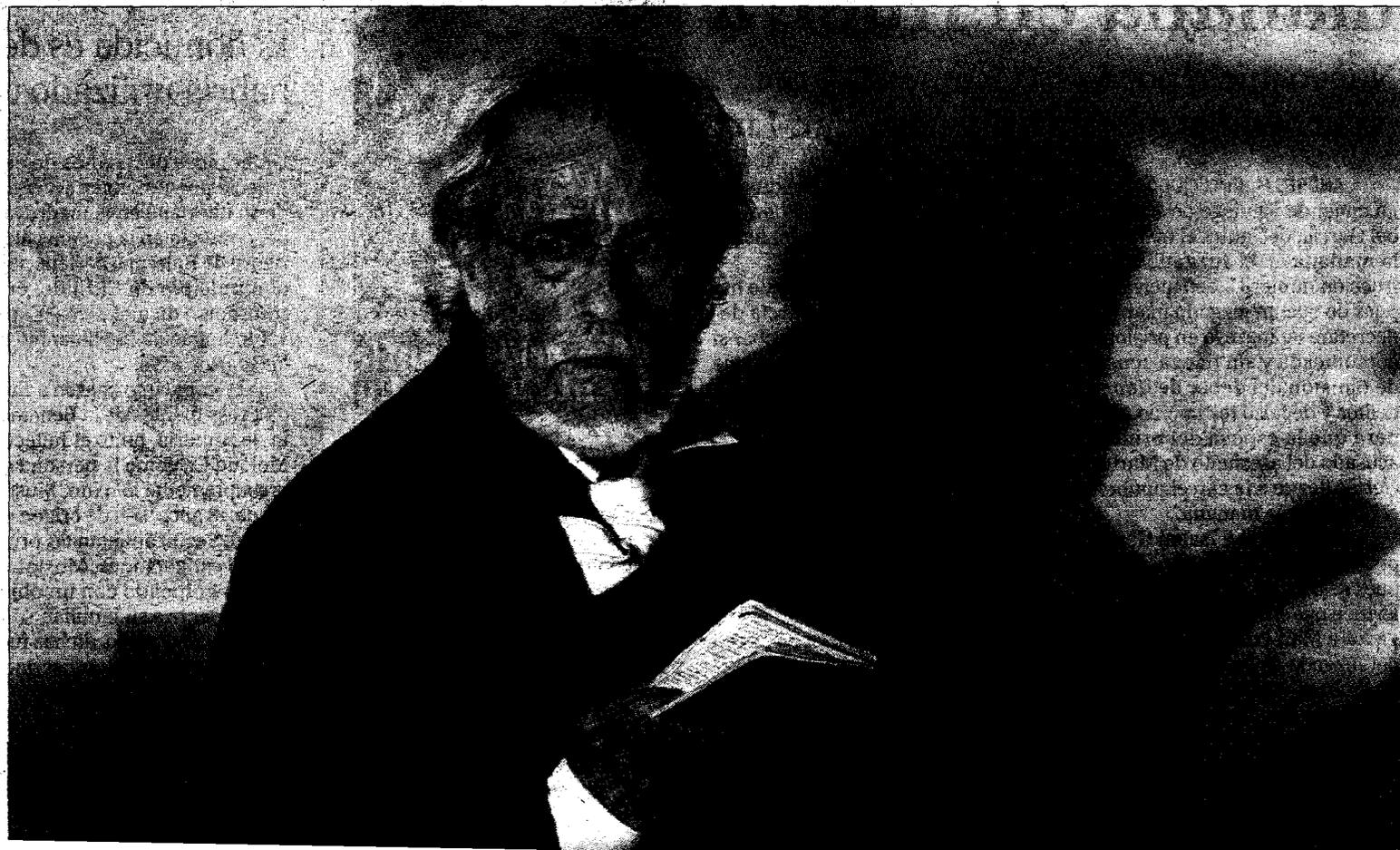
> DEVOCIONARIO

GINÉS LIÉBANA Pintor y escritor

«Suprimir, suprimir. Dejar lo mínimo»

JUAN MARÍA RODRÍGUEZ / Sevilla
 Ginés Liébana (Torredonjimeno, Jaén, 1921): de la estirpe surreal de los Dalí y D'Ory, salpimenta la charla inconexa de ralampagueantes digresiones, sentencias homéricas lanzadas como meteoritos, estruendosas carcajadas y una recurrente invitación a descorchar una botella de cava. A este pintor sensual y simbólico que moderó tanto talento reunido en el Grupo Cántico, le dieron la Medalla de Bellas Artes y lo acaban de hacer Hijo Adoptivo de Córdoba y Medalla de Andalucía. Minucias: para él no hay nada más elegante que ser un perseguido.

RESPUESTA.— Yo tenía 15 años cuando mataron a mi padre y a mi hermano. A mi hermano, la misma de noche que mataron a Lorca, el 19 de agosto: él tenía 19 años. Mi padre era jefe de la Cartería en Córdoba, una ciudad en la que mira que no se resistió nadie: al cuarto de hora ya estaba entregada. Recuerdo que les llevaba comida a un cuartel y que veía a las mujeres llorando por la calle María Auxiliadora. No, mi padre no tenía significación política alguna y mi hermano era una criatura afortunada. Mi familia no tenía posición,



te muy especial. Mi hermano no tenía dinero, pero tenía éxito. Lo recuerdo en una jaca blanca con sombrero de ala ancha, chaquetilla corta, zajones... Córdoba ha sido muy severa consigo misma: tenía una sobriedad a veces exagerada y mi hermano era un artista, con un talento al que nadie hacía ningún caso.

PREGUNTA.— ¿Habla de envidia?

R.— Sí, envidia, ya está. La Guerra Civil fue un campo maravilloso para los envidiosos. Un empleado de mi padre se quedó con el dinero de unos giros y mi padre le dijo: «Ya me lo devolverás». Ése lo delató. Éramos una familia muy especial y dijimos: «Nosotros no vamos a corresponder».

P.— Y, con ese pasado, ¿nunca le interesó la política?

R.— No, yo he huido del compromiso. Comprometerse en una guerra entre compatriotas... así no se puede avanzar. Y así sigue el país: sumido en la confrontación. No me gusta nada lo de la memoria histórica. Ese señor, Ian Gibson, que dice que no podemos permitir que Lorca esté enterrado como un perro. ¿Qué dice? ¿Habrá cosa más noble que la tierra? Tenga un panteón encima o no lo tenga, lo más maravilloso es la tierra.

P.— ¿Marcado por esas muertes?

R.— Sí. Yo decía: «¿Qué voy a hacer yo? ¿Qué voy a estudiar?». Pero si en Córdoba no hubo, casi, ni frente: el frente estaba en Pozoblanco. Ir en plan belicoso no tenía sentido. Y a mí me gusta la teatralidad, la belleza de la Semana Santa... pero si la duquesa de Alba iba a la procesión de los comunistas del Baratillo.

P.— Y se fue a Madrid.

R.— Un estupendo periodista y director, Suárez Caso, me dijo «¿Por qué no me haces un dibujo?». Porque entonces no había fotografías. Y le dibujé un torero. El director vio el dibujo y preguntó qué edad tenía. «21», le

dijeron. «Pues que se quede», contestó. Así, sin conocerme. Y así entré en *El Español*, que tenía de colaboradores a Vázquez Díaz, Solana, Baroja...

P.— Un paraíso viniendo de una ciudad tan cateta y opresiva...

R.— Sí, en Córdoba había mucha incompreensión y fanatismo. Pero no tenía coches, bancos, tiendas de regalos, no había empezado a tirar palacios todavía. ¡Qué monstruosidades han hecho, eh! Sí, ahora han recuperado iglesias donde ya no quedaban sacristías... Córdoba era insoportable

¿Qué dice Ian Gibson? Tenga Lorca encima un panteón o no, lo más maravilloso es la tierra

ble en el trato. Entonces ser un artista era una peste. Incluso para los flamencos: gente golfa y mal vista. Pero había una arquitectura y unas casas de una gran belleza, el olor de los naranjos mojados en lluvia... Había una nostalgia del paraíso en Córdoba. Higueras saliendo de la pared de un convento. Piensa que yo nací y viví en Torredonjimeno, que no tenía río, no pasaba el tren y sólo había un teléfono. Tenía un ambiente del siglo XVII: sólo había entierros y tabernas. No había ni un prostíbulo, pero cuando pasaban de paso las chicas, los muchachos iban con el colchón para hacer el amor con ellas junto a las vallas con toda naturalidad. ¡Lo que se puede hacer sobre la tierra...! Entonces la gente no sabía leer ni escribir:

pero hablaban mejor que ahora. Entonces todo era maravilloso de absurdo y la gente tenía una ingenuidad y un lenguaje inventado maravillosos.

P.— ¿Usted puede explicar por qué brotó Cántico en Córdoba?

R.— No sé. Nosotros, con 15 años, ya leíamos. Mi hermano tenía una biblioteca muy moderna. En el aire de Córdoba hay un hálito especial para crear: no se puede aprender del árbol que no habla. ¡Y Córdoba tiene una sonoridad! Los cordobeses hablan así porque saben que los están escuchando. Nosotros éramos artistas porque la política era muy ramplona y ordinaria. Luego Córdoba se ha ido deformando, pero cuando llegué allí y vi su elegancia me entusiasmé. Decían: «¡Mira, éste se entusiasma y todo!». Yo venía del griterío de Valenzuela, que es como Nápoles, y en Córdoba la gente no hablaba y levantaba la copa así, suavemente. Córdoba, que ha sido invadida y machacada por herejes y mártires, nunca se ponía en contra de esa gentuza: la aceptaba en silencio y la hacía hija suya. Ésa es la nobleza y la sobriedad —no debilidad— de Córdoba. Pablo García Baena es la misma exquisitez. Él me ha impuesto la elegancia. Yo cuando escribo nunca lo imito porque cualquier imitación sería pobre. Cuando voy con él me siento un buitre leonado al lado de un águila real.

P.— En aquel grupo literario, usted era el pintor.

R.— Yo me he reído siempre de la literatura. Cateaba. Decía: «Francisco Villaesposa». Me encanta el mal gusto, la literatura exacerbada del XIX. Teníamos detrás al 27, que al principio no tenía nada político:

cuando lo tuvo (Alberti), se estropeó.

P.— Y se exilió en París en los 50.

R.— Sí, pero de exiliado alegre. Me daba vergüenza decir que yo era una víctima de Franco. Es innoble decir eso. Es innoble contar qué le ha ocurrido a tu familia para que te lleven a una radio a ganar dinero... Y yo tenía un amor ilegal con una brasileña casada con un inglés muy peligroso... Francia no era ya la del siglo XIX, pero había una cortesía, en parte sofisticada, porque los franceses tienen un vacío. Al final, Voltaire

No se puede aprender del árbol que no habla. ¡Y Córdoba tiene una sonoridad!

y la Revolución quedan en el triunfo de las porteras. ¡Cómo te tratan las porteras en París! La Revolución les dio el triunfo, pero destrozó el alma.

P.— ¿Lo pasó mal?

R.— No, es que ellos son esclavos del cartesianismo y las ordenanzas y no entendían que los españoles llevamos la libertad en el corazón y no le hacíamos ningún caso a la Dictadura. En España teníamos la sobriedad del racionamiento, en la «posperra», como yo la llamo. Ahora la gente va tan gorda, colorada y sinvergüenza tirando la riqueza a la basura...

P.— ¿Y la brasileña?

R.— Era una clavecinista que estaba como un tren y me fui con ella. Una historia demasiado bella como para no contarla... otro día.

Yo, para aprender, enseño sin cobrar. Lo elemental, la gente lo olvida. Quieren aprender a hacer un cuadro bello cuando lo que tienen que hacer es emborrionarlo todo.

P.— En París fue amigo de Carlos Edmundo de Ory...

R.— Lo salvé de su mujer, que lo quería destruir. Era un ingenuo. Yo soy un humorador, los poetas son los seres más insensibles que hay. La poesía es como un grano que no tiene nada que ver con tu cuerpo y que luego se cura. La poesía es muy próxima al bostezo. Yo huyo de la perfección. Hay que desaprender. Si las células no se murieran todas las tardes a las cinco, seríamos personas muertas. Desconfío de la inteligencia consagrada. Y he tenido la honradez de no copiar. Suprimir, suprimir. Dejar lo mínimo.

P.— ¿Siente que, de Cántico, era el menos reconocido?

R.— No hay nada mejor que estar perseguido: eso hace elegante. Esa palabra de las madres, «hijo, colócate», es la peor del mundo. Si yo esperara que me pagaran algo con premios sería una ordinariéz. ¿Tú sabes lo que yo me divierto? Hay que huir de lo chato y del suspiro. Todas las cosas, por dramáticas que sean, pasan. Rebelarse es lo más tonto. No hay nada más ridículo que un padre ofendido. He sido el peor pintor y dibujante y soy el poeta barrrendero que en Navidad presenta el aguinaldo. Sólo los genios pueden matar a su padre. Los imitadores de Cezanne que inventaron el arte moderno sólo lograron imitar sus dedos torcidos. No tengo vocación contemporánea: yo soy surrealista.